

En medio del tobogán estadístico de pérdida de popularidad, el gobierno y sus personajes actúan. Aquí la crónica sobre los intrínquilos del poder en la actualidad.

Neuróticos y psicóticos

Gustavo Gorriti

En febrero de 1990, el escritor estadounidense Philip Roth viajó a Praga a visitar a su amigo, el también escritor Ivan Klíma. En occidente se conoce mucho más a Milan Kundera, pero en la República Checa —y antes en Checoslovaquia— Klíma ha sido leído con igual fervor y con mayor respeto. Junto con Vaclav Havel y algunos otros, Klíma fue uno de aquellos pocos ciudadanos a quienes sus compatriotas llamaron "el puñado admirable", el pequeño grupo indoblegado que se mantuvo en la oposición al régimen comunista durante las décadas del setenta y del ochenta, y que sufrió en consecuencia una asfixiante e interminable persecución.

Klíma sobrevivió gran parte de su niñez durante la Segunda Guerra en el campo de concentración nazi de Terezin. Años después, en 1970, luego de la invasión rusa y el

derrocamiento del reformista Alexander Dubcek, Klíma retornó voluntariamente de Estados Unidos (donde se encontraba como catedrático visitante) a Checoslovaquia para afrontar lo que hubiera de venir. Lo que vino fue muy duro para "el puñado admirable": Klíma tuvo que trabajar como barrendero y recogedor de basura. Impedido de publicar, resistió su destino componiendo mentalmente (un ensayo sobre Kafka, por ejemplo), entre tacho y tacho, en contacto con la vida a través de sus residuos. Sobre esa época de perpetuo acoso y de fatigada pero persistente resistencia surgiría, entre otras, la novela *Amor y basura*.

Cuando Roth llegó a Praga, a poco de derrocado el régimen comunista, *Amor y basura* agotaba su primera edición de cien mil ejemplares —la primera en más de veinte años de silencio para Klíma. En un

lúcido comentario, Roth comparó entonces las contradicciones y "correspondencia de preocupaciones" entre Kundera y Klíma, entre *La insoportable levedad del ser* y *Amor y basura*, contrapuestos en mucho, pero unidos en torno de lo que Klíma definió como "el más importante de todos los temas... el sufrimiento que resulta de una vida privada de libertad".

No he comenzado con este escritor sobresaliente, sin embargo, para concentrarme en su obra o en su vida sino por lo que Lima puede escuchar de Klíma. O más bien de su esposa. Helena Klímova trabajaba ya abiertamente como psicoterapeuta (antes había sido un menester clandestino) cuando Roth llegó a Praga. Al preguntarle este cómo respondían sus pacientes a los nuevos tiempos, su respuesta fue concisa:



"Los psicóticos han mejorado, pero los neuróticos empeoran", dijo Klímova.

Para los neuróticos, explicó Klímova, los cambios son desestabilizadores; los psicóticos, en cambio, "absorben, chupan el sentimiento que los rodea... todo el mundo está contento, [así que] los psicóticos están más contentos que el resto. Están eufóricos".

Nos parecemos poco a los checos. Aquí quienes están eufóricos no son los psicóticos sino los caricaturistas, algunos de los cuales diagnostican en la realidad lo que Klímova encontraba en su consultorio. Eso sucede, por ejemplo, en una de las caricaturas memorables que Carlín publica en *La República*. Se trata de un dibujo del primer ministro Luis Solari, apenas distorsionados sus rasgos en la acentuación del gesto identificador. Solari está sentado en un escritorio, hablando a un auditorio o a una cámara y

les dice, compuesto y seguro, que el gobierno ha logrado el 99 por ciento de sus objetivos. Atrás se ve una puerta entreabierta a la calle, donde aparece una ambulancia, junto a la cual dos enfermeros discuten un plan de acción: "Tú lo agarras y yo lo inyecto", le dice el uno al otro.

Baldazo de agua fría

Pese a las diferencias, tengo curiosidad por saber cómo hubieran reaccionado los pacientes de la docta Klímova —con euforia o con inquietud— en caso de haber asistido al Consejo de Ministros del miércoles 4 de junio. Ese día, se confiaba en el gobierno, se llegaría a un acuerdo de fin de huelga con el SUTEP, mediante la "solución" de su pliego. Toledo retrasó el inicio de la reunión más allá de lo habitual, para dar tiempo a sus delegados —el premier Solari y el ministro de Educación Gerardo Ayzanoa— a terminar la negociación y a anunciar sus resultados por televisión.

Se trataron, por eso, solo normas intrascendentes y se habló con la comisura izquierda, recuerda una fuente, mientras todos tenían el ojo pegado al televisor, como en esas familias poco felices a las que une la pantalla y separa la conversación.

Poco después aparecían Solari, Ayzanoa y Nílvér López en declaración tripartita ante la televisión. Hubo silencio en Palacio, mientras Toledo y sus ministros se pegaban a la pantalla, esperando la declaración que daría fin —por lo menos en el capítulo actual— a la crisis de huelgas y movilizaciones que los había llevado de la imprevisión al gesto de dureza y luego a la apresurada negociación.

Las declaraciones de Solari y Ayzanoa les dieron un respiro de optimismo. Ambos indicaron que se había logrado firmar un acta con el SUTEP. Todo estaba bien.

En efecto, dijo a su turno Nílvér López, se había firmado el acta, pero la huelga continuaba.

"Baldazo de agua fría": así sintieron, según uno de los presentes, Toledo y sus ministros la declaración de López. La espera a la llegada de Ayzanoa y Solari no fue, a partir de ese momento, precisamente jubilosa.

Ayzanoa "llegó como diez minutos después", dice la fuente, con el acta recién firmada. Solari, en cambio, demoró. Aparecería un rato después, "vestido para viajar".

El acta fue repartida y leída rápidamente por los ministros, entre exclamaciones cada vez más frecuentes de indignación. "Se estaba consagrando el cogobierno con el SUTEP en Educación", dice otra fuente ministerial; "con eso, ya no habría un ministro de Educación, sino dos: el ministro y el SUTEP".

De acuerdo con el acta, quedaba consagrada la participación del SUTEP en los nombramientos, en la capacitación docente, en las decisiones administrativas de alto y mediano nivel.

Para el gabinete, lo peor fue el antepenúltimo párrafo del acta: "Los firmantes, el Ministro de Educación y el Secretario General del SUTEP, expresan su conformidad con el texto enunciado y declaran su compromiso de ejecución

del mismo en cuanto el SUTEP dé por terminada la huelga de maestros". Es decir, añade la fuente, "cuando les diera la gana".

Lo que vino después es descrito por uno de los participantes en el consejo de gabinete como "un cargamontón". "Todo el mundo se tiró contra Ayzanoa... hasta [el ministro de Salud, Fernando] Carbone... todos le decían, ¿cómo has firmado eso?". Ayzanoa "apenas balbuceaba", lo que no estimuló precisamente sentimientos filantrópicos entre los otros ministros.

La pampa de Fellini

El presidente Toledo intentó morigerar la tormenta de cuestionamientos diciendo que "había que mirar hacia adelante" y evitar que el SUTEP "chantajee al Congreso". En otras palabras, dice una fuente ministerial, "que si el Ejecutivo ya la arruinó [el verbo empleado fue otro, una metáfora digestiva] ahora Toledo iba a tratar de intervenir en el Congreso, para que este los pare". Sin embargo, hay que decirlo, nadie se atrevió a hacer esta observación en voz alta a Toledo, quien hizo llamar a la bancada de Perú Posible y del FIM para una reunión inmediata en Palacio.

Media hora después empezaron a llegar congresistas. Antes de la hora habían ingresado cerca de cuarenta parlamentarios a la no muy

amplia sala del consejo de gabinete. (Jorge Mufarech, de paso, fue de los pocos en brillar por su ausencia, gracias a la aún fresca memoria del reportaje de *Entre líneas* en el que se describió cómo logró hundir la candidatura de Toledo en 1995.)

"No había sillas suficientes, así que muchos se quedaron de pie", recuerda una fuente. Toledo abrió la inopinada asamblea en que se había convertido el Consejo de Ministros indicando que los había convocado para que en conjunto vieran qué hacer "para evitar el chantaje" sutedista.

Dada la palabra, los congresistas acapararon virtualmente su uso, recuerda un ministro, pero "empezaron después de un rato a hablar de todo, a reclamarle a los ministros por varias cosas que no tenían nada que ver" con lo que se discutía; una llamada desatendida, un proyecto descuidado.

En medio de la agitada elocuencia empezaron a circular los mozos con trago—"y no era pisco", añade la fuente—; y sus pasos, o, mejor dicho, sus vasos, fueron exaltando la elocuencia congresal. "Cuando [Gerardo] 'Cucho' Saavedra tomó la palabra, ya tenía tres whiskies encima", y si incluso en momentos de abstinencia el razonamiento de Saavedra no es precisamente aristotélico, esta vez se mejoró a sí mismo, tanto en tono como en contenido, de manera que "sus



propios compañeros de banca-
da lo hicieron callar".

Fue, dice un asistente, "una pampa felliniana", que terminó más cerca de la pampa que de Fellini. "No se terminó haciendo nada; ni zanjando con los que fracasaron [en la negociación]; ni haciendo una estrategia parlamentaria; ni siquiera dando por terminada la sesión de gabinete... se terminó en el limbo, no se hizo nada".

El culebrón ministerial

La reunión del miércoles 4 fue, pese a sus ribetes antológicos, solo uno de los últimos capítulos del culebrón burocrático que bien podría titularse (aunque se puede pensar en títulos algo más huachafos) "la agonía de un gabinete". Culebrón inscrito, por lo

demás, en el estilo de telenovela —más venezolana que brasileña— con el que se ejecuta el arte de gobernar en el régimen de Toledo. Y no lo digo tanto por el melodrama —que también lo hay— cuanto por el desorden intelectual en el argumento, por el guion abigarrado, sinuoso, poco imaginativo; y, sobre todo, mediocre.

En lo que concierne al gabinete ministerial, hay pocas dudas, incluso entre sus integrantes más optimistas, de que ha excedido largamente su plazo de subsistencia y de que, en las palabras de uno de sus integrantes, "está con respirador artificial".

En el proceso fueron cambiando las relaciones y las correlaciones dentro del gabinete. Durante los primeros

meses de su ejercicio hubo una clara verticalidad, un estilo de mando que bordeaba lo autoritario por parte de Solari, en la relación con los otros ministros, en la que —con la solitaria excepción, como se ha anotado en una edición anterior de esta revista, del discutiendo ministro de Trabajo Fernando Villarán— "todos se chupaban", tal cual recuerda un ex integrante del gobierno.

Bajo la impresión de orden y disciplina se fueron cocinando, sin embargo, iniciativas torpes e inherentemente contradictorias (como, por ejemplo, presionar para sacar a los ministros "rojos" en la expresión solariana —Gino Costa, el último de ellos— pero terminar no negociando sino capitulando con Patria Roja) que fueron socavando la

autoridad de Solari y la unidad de criterio que quiso imponer.

Pero el factor decisivo en la acelerada entropía de Solari tuvo que ver más bien con la estabilidad laboral, como admite con refrescante franqueza un miembro del gabinete. "Solari perdió piso cuando dijo que se iba", dice la fuente; "... todos se sintieron amenazados. Hubo una reunión en la que le increparon... a partir de ahí, error tras error".

La discusión se ha hecho paulatinamente más abierta y franca. "Hay mayor libertad por debilitamiento", dice la fuente. Los ministros más respondones ahora son Javier Silva Ruete, Allan Wagner, Raúl Diez Canseco y, claro, Fernando Villarán.

Los todavía seguidores de Solari son, cómo no, el ministro de Salud, Fernando Carbone; la ministra de la Mujer, Ana María Romero, y el hoy por hoy celeberrimo ministro de Educación, Gerardo Ayzanoa. Alberto Sanabria, el ministro del Interior, que en cualquier otra circunstancia hubiera sido un solarista pertinaz, "está asado", según una fuente del Interior, por la imposición de su viceministro Roberto Vásquez de Velasco, amigo de Solari y nombrado por gestión de este. Sanabria y su viceministro no están contentos el uno con el otro, pero no pueden hacer nada al respecto, salvo proyectar su infelicidad dentro del gabinete.

El estilo autoritario en la forma de Solari, escondió un fondo blando, que se hizo paulatinamente evidente conforme se fueron desgranando los conflictos laborales y gremiales. "El que empezó con el estilo de negociación que no es toma y daca sino capitular en todo fue [el ministro de Transportes Javier] Reátegui", dice una fuente del gobierno, "que capituló luego de decir que no lo haría". Según la fuente, Solari intervino en esa negociación.

En el proceso de pugnas internas se fueron formando y reformando coaliciones dentro de los ministros, con una flexibilidad balcánica. Así, por ejemplo, cuando Ayzanoa empezó, en la visión poco caritativa de un colega, "a meter la pata", los ministros Bruce, Quijandría (el de Energía), Villarán y Loret de Mola pidieron sacarlo de la negociación con el SUTEP. Solari, Carbone y Reátegui, por el otro lado, apoyaron a Ayzanoa.

A la vez, hay amistades y, sobre todo, enemistades cruciales, que unen a algunos ministros. La relación con el tefloniano secretario general de la Presidencia, Guillermo "Willy" González Arica, es un caso. A Solari y al ministro de Defensa Aurelio Loret de Mola los acerca, por ejemplo, su indisimulada aversión por Willy. Loret de Mola, hay que decirlo, es quien la expresa con mayor claridad, sobre todo delante del propio González

Arica, quien a su turno no pierde ocasión de hacerle la vida difícil al ministro de Defensa. Fernando Villarán, en cambio, que tiene una confrontación abierta con Solari, ha empezado a encontrar que Willy (quien también detesta a Solari y lo culpa por una primera plana en *Correo* que daba a aquel por defenestrado) puede ser, si se lo mira bien, en la precisa conjunción de astros, hasta simpático. El enemigo de mi enemigo es mi amigo, por lo menos por un rato, en la adaptación chicha de la visión beduina.

¿Que todo esto es detestablemente frívolo e intrascendente? Absolutamente de acuerdo; solo que lo descrito consume una parte importante del tiempo y las energías presidenciales y ministeriales; de la labor de gobierno, en suma. ¿Cómo, si no, se explican los magros resultados, los errores repetidos, la increíble imprevisión que ha signado los últimos meses y, sobre todo, las últimas semanas?

La orquesta desafina

Naturalmente, esta es una orquesta que desafina bajo la batuta de su conductor; y este no es Solari sino Toledo.

¿Qué le ha salido bien al gobierno? Aparte del mantenimiento del equilibrio económico—lo que, hay que decirlo, no es poco—, hubo por lo menos un importante logro diplomático, político y administrativo: la Cumbre Presidencial en el Cusco.

El mérito del desarrollo exitoso de la Cumbre es haber logrado hacerla frente a un concertado intento por sabotearla, especialmente por el lado del SUTEP. Ello demostró que —aun bajo liderazgos mediocres y confusos— el Estado peruano mantiene la capacidad de organizar acciones ordenadas y exitosas, en tanto estas se den dentro de escenarios limitados y por poco tiempo.

La organización de la Cumbre del Cusco se realizó a través de un gabinete de crisis (esa especie de ábrete sésamo con la que el gobierno de Toledo busca abrir la salida a los problemas más concentrados y agobiantes) en el que intervinieron el ministro del Interior, el ministro de Defensa, el nuevo jefe del CNI, Alfonso Panizo, el director de la PNP, Eduardo Pérez Rocha, el

director de la Dincote, Marcos Miyashiro, y el consejero presidencial Luis Arias Graziani. Este gabinete sucedía a otro más pequeño que, poco antes, se había organizado para enfrentar el tema de los cocaleros.

En el caso de Cusco hubo una acción mancomunada, en la que participó también Solari, y el resultado fue una Cumbre exitosa, pese a lo volátil de la situación, donde Toledo tuvo una participación destacada.

El precio de ese éxito fue, junto con la imprevisión acumulada, el descuido de otros frentes y problemas a la par del habitual exceso de confianza presidencial. Toledo viajó a Buenos Aires, a la toma de posesión del nuevo presidente argentino Néstor Kirchner, con la sensación de triunfo en la Cumbre, para

regresar poco después a un país semiparalizado por los bloqueos de carreteras y preñado de alarmantes pero contradictorios rumores e informaciones. El sobresalto por lo veloz del retroceso llevó a Toledo a decidir y decretar apresuradamente —más por miedo que por energía— el estado de emergencia.

La sorpresa por los acontecimientos no se explica solamente por el carácter y la personalidad del Presidente ni por el alto porcentaje de incompetentes en su gabinete ministerial (aunque la suma de ambos factores da el porcentaje dominante), sino también por falta de inteligencia adecuada y oportuna.

Desinteligencias

Casi todos los veteranos del CNI ("veterano" significa una supervivencia de dos años en



El CNI hizo una nota indicando que "se venía la huelga policial", como dice una fuente que integró el gabinete de crisis, mientras que la Digimin contestó negando tajantemente que fuera a darse tal paro.

la organización) concuerdan en que la única administración en la que se intentó construir organizada y coherentemente un servicio de inteligencia eficaz fue bajo la corta gestión de Fernando Rospigliosi. Se trató también de la única gestión en la que se hizo un esfuerzo por seguir y vigilar a los líderes de la mafia, tanto a los que están presos cuanto a los que se encuentran libres.

Luego de la renuncia de Rospigliosi, el breve interregno de César Almeyda quedó signado por su imposibilidad para siquiera empezar a aprender lo que no entendía. Las denuncias por irregularidades y presunta corrupción que lo fueron rodeando en forma crecientemente apretada, le dieron escasa oportunidad de enterarse y menos de dirigir.

Con Almeyda se fue el propósito de Toledo de encarar solo a civiles la dirección de todos los organismos de seguridad. Sus siguientes nombramientos fueron, como para que no cupiera duda de los nuevos parámetros presidenciales, de un vicealmirante y de un general, retirados ambos, para el primer y segundo lugar en el CNI.

Alfonso Panizo, el ex comandante general de la Marina, tuvo una actitud digna frente a Fujimori y Montesinos (por quienes fue pasado abruptamente al retiro en 1990) y es persona de prestigio dentro de su institución, pero lo que ha hecho hasta ahora —de acuerdo con confiables testimonios del CNI y de otros servicios de información— es arrasar con lo poco que la institución había logrado construir. Su segundo, el general retirado Carlos Chamocho, ha sido precisamente eso, una segunda voz y nada más.

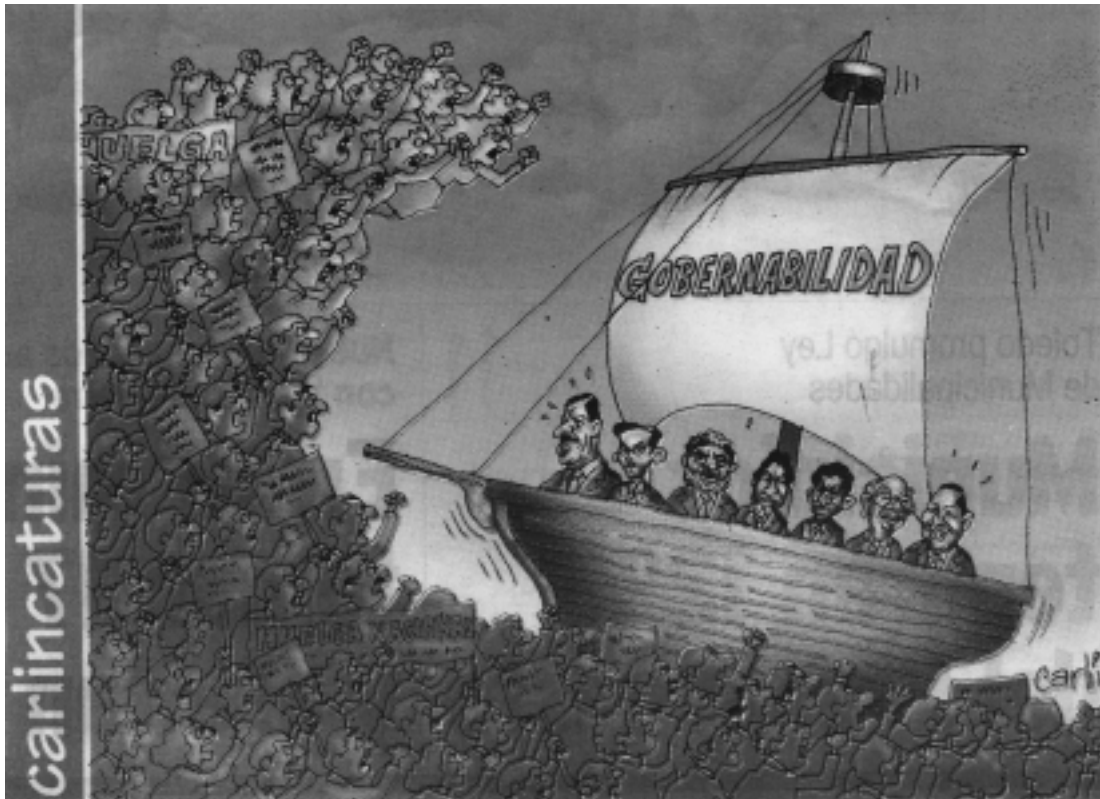
Decenas de oficiales han sido despedidos del CNI en pocas semanas; entre ellos varios que habían sido instruidos poco tiempo antes por expertos en inteligencia españoles y alemanes. Un oficial que logró recuperar en poco tiempo cerca de diez equipos de interceptación radial escondidos por la mafia, fue botado. El oficial que se encargó de montar la estructura operativa bajo la gestión de Rospigliosi resultó también cesado. ¿Qué tenía en común la mayoría? Provenir del Ejército. Había entre ellos algunos veteranos del 13 de noviembre. Igual los despidieron. ¿A quiénes se

pone en su lugar? Básicamente a marinos de confianza de Panizo y a algún FAP retirado para complacer a Arias Graziani.

¿El resultado? Que han estado más perdidos que ciego en tiroteo. La colaboración con la Digimin (la Dirección de Inteligencia del Ministerio del Interior) y con la policía anticorrupción, antes fluida y constante, es ahora escasa y se da más el caso de confrontación de informaciones contradictorias que de cooperación en la recolección y análisis de inteligencia.

La alarma sobre un supuesto paro policial inminente fue el caso más importante. El CNI hizo una nota indicando que "se venía la huelga policial", como dice una fuente que integró el gabinete de crisis, mientras que la Digimin contestó negando tajantemente que fuera a darse tal paro. "Esa fue una especie construida por uno de los diarios de los Wolfenson [*El Rocoto*] que levantó una campaña de desinformación... no hay huelga policial ni nada", dice una fuente del Ministerio del Interior.

Sin embargo, para un sobreexcitado Toledo, que veía con desasosiego disminuir su capacidad de gobernar, más rápido incluso que su popularidad, la alarma del CNI sobre un posible paro policial lo decidió a declarar el estado de emergencia bajo control militar. En esto, como en tantas



otras cosas, la ansiedad lo hizo actuar precipitadamente y calcular mal.

"[Esta vez] Los acontecimientos encimaron" a Toledo, admite una fuente de Palacio; "[antes] en lo de los coccaleros, los operativos fueron diseñados en ese grupo [el gabinete de crisis]. Hubo limpieza de carreteras sin problemas... en los 'anillos del Cusco' también se hizo".

El debate interno antes de la declaratoria del estado de emergencia fue muy corto. El lunes 26 de mayo hubo hasta tres posiciones diferentes respecto de qué hacer ante el bloqueo de carreteras. La primera estuvo a favor de limitarse a desbloquearlas con el uso de helicópteros y el apoyo colateral de la Fuerza

Armada. Según una fuente que asistió a las deliberaciones, Arias Graziani y Juan de la Puente apoyaron esa alternativa. Otra fuente indica que Loret de Mola fue también partidario de ese temperamento.

La segunda alternativa era declarar en emergencia solo la costa, donde se concentraba el problema más importante. Solari y Carbone estuvieron a favor de ese punto de vista, según la primera fuente, que también adscribe a Loret de Mola en esta posición.

La tercera era declarar un estado de emergencia general. De acuerdo con la primera fuente, el ministro de Economía Javier Silva Ruete estuvo a favor de esa decisión, mientras que varios otros

cambiaron varias veces de opinión. Y quien claramente escogía esa alternativa era Toledo.

La metamorfosis

El martes 27 de mayo, en la reunión del Consejo de Ministros (en la que no participó ninguno de los funcionarios de seguridad del Estado, a excepción de los ministros de Defensa e Interior) se expuso la situación dramática en las carreteras bloqueadas y se informó sobre el presunto paro policial. Ahí el Consejo de Ministros resolvió, sin ninguna opinión en contra, declarar el estado de emergencia.

Lo que se dio durante las horas siguientes fue interesante e ilustrativo. Toledo, el habitualmente fluctuante Presidente, se tornó casi prusiano,

enfático en lo que un ministro llama la "posición extremista del Presidente... que después se llenó de temor". El discurso que dio Toledo esa noche no precisaba, en efecto, limitación al encargo dado a la Fuerza Armada de recuperar el orden público. Diversas fuentes sostienen que a lo largo de esa noche y hasta las primeras horas de la madrugada se dio una discusión en la que tanto Solari como Loret de Mola intentaron moderar y circunscribir el empleo de la Fuerza Armada; en tanto que los abogados invitados a asesorar en la redacción del dispositivo legal (Mario Pasco, Javier de Belaunde, Raúl Ferrero) hubieron de ver que el blindaje legal de una primera redacción era flexibilizado. "Hubo al final una redacción transaccional", dice una fuente de Palacio.

¿Por qué el gobierno no se limitó a declarar en emergencia las vías de comunicación y a concentrar medios y efectivos para un desbloqueo rápido y enérgico pero no traumático? Las encuestas indicaron claramente que la inmensa mayoría en el país estaba de acuerdo con esa medida, pero no con usar el estado de emergencia para afectar el derecho de huelga o el de protesta. La respuesta más plausible es, a mi juicio, que la suma de todas las debilidades previas produjo una sobrerreacción compensatoria que resultó al fin una clausewitziana debilidad por otros medios.

Sin concepto claro de misión, sin plan operativo eficiente, con —según afirman fuentes militares— resistencia pasiva de la Policía (que a su turno acusa de ignorancia en el mantenimiento de orden público a los militares), la saga se rompió en el evento trágico de Puno.

A partir de ese momento, el retorno a la racionalidad tomó ribetes casi cómicos. Si en la primera conferencia de prensa, apenas declarado el estado de emergencia, sobraban ministros de cara adusta y continente casi dijérase que marcial, poco después se veía ya solo a Solari con Loret de Mola. Luego de los acontecimientos de Puno solo quedó Loret de Mola para enfrentar las cámaras y las incómodas preguntas (y ya no en Palacio sino en su ministerio). Paradójicamente, le tocó a uno de los ministros más moderados capear el temporal que él había querido evitar, mientras los halcones de pocas horas antes, sobre todo uno de ellos, se metamorfoseaban en palomas.

A esas alturas, Toledo había vuelto a reparar en la intrínseca belleza del diálogo y el arte de la negociación y, para nuestra buena fortuna, se encontraba más cerca de Gandhi que de Luddendorff. Solo queda agradecer que un inconveniente sentido del ridículo no haya impedido el cambio que lo tuvo presionando a Juan de la Puente, Carlos

Bruce y Fernando Villarán para dialogar con la CGTP, mientras se convocaba el Acuerdo Nacional.

Pocos días después, luego de que la CGTP demostrara con masas, disciplina y autocontrol tanto su ciudadanía democrática cuanto el ser un contrapeso eficaz de Patria Roja, la situación retornaba paulatinamente a la normalidad.

Pero si Toledo tuvo la tentación de sentir que parte de esa reganada tranquilidad se debía a su manejo político, las encuestas le devolvieron el parecer de las mayorías sobre dicho manejo.

Y el gabinete ministerial puede haber tenido sus discusiones postreras, en los reproches a Ayzanoa el 4 de junio.

En tanto, desde Ayacucho, como hace veintitrés años, la violencia golpeaba las paredes escleróticas de la desidia gubernamental en seguridad, de las iniciativas abandonadas, de la inteligencia desaprovechada; mientras que la sombra de la señora Carolina Baquerizo cesada ignominiosamente su titular, no se resignaba a desaparecer del todo al no sentirse tanto una fugaz presencia burocrática cuanto un estilo de gobernar.

Los peruanos somos diferentes a los checos. Los neuróticos se aquietan, los psicóticos actúan. ▲